



LA MASCOTA DE SEBASTIÁN

Cuento sobre el respeto y amor a los animales que se vuelven parte de la familia.

Dicen que cuando morimos damos el último estirón y esto lo pude constatar en el funeral de don Porfirio. Este pobre hombre que desde que aparecía el primer rayo de sol ya estaba renegando con todos los vecinos por la basura que tenía que juntar por las mañanas de sus banquetas. Lo cierto era que el libidinoso aquel, madrugaba no tanto por barrer toda la manzana, sino para ver a las muchachas estudiantes quienes al salir de sus casas se arremangaban la falda por debajo de la pretina para enseñar sus piernas cenizas. Don Porfirio, luego de echarse un taco de ojo arremetía contra los vecinos y cada fardo de groserías que escapaba de su boca lo iba haciendo más pequeño, pero lo raro es que el día que murió, ni su esposa, ni sus dos hijos pudieron meterlo en el ataúd porque sus angostas piernas se habían estirado demasiado.

La mamá de Sebastián por su parte supuso que esto del estiramiento al morir también aplicaba en los animales, ya que cuando el taxidermista le entregó a la Camila, esta lucía distinta, parecía como de raza salchicha, cuando en vida la diminuta chihuahua era más bien enana. Flor Mirella nunca pensó que al querer preservar el cuerpo de su adorada mascota le traería en un futuro algunas complicaciones. La Camila ya era una anciana y sus patitas apenas la podían sostener; sin dientes, su ama la tenía que alimentar con mamila y así estuvo por algunos meses hasta que una fría mañana amaneció tiesa, dejando un profundo vacío tanto en la casa como en el corazón de la mamá de Sebastián.

Desde la cómoda de caoba donde se encontraba la perrita embalsamada, podía tener control de toda la comarca, porque aún después de muerta, la Camila seguía siendo la ama y señora de la casa; ningún otro animal a excepción de sus dos hijas tenía derecho a transitar al menos por delante de sus ojos de canica.

_

La mañana de un domingo apareció agazapada y lánguida como ella sola, la Meche, tiritando de frío y muerta en vida. Lo poco que quedaba de ella era el ronroneo extraño que emitía su garganta, mismo que llamó la atención de Sebastián que cada mañana salía a recoger el tiradero que dejaban sus amigos en la cochera donde se reunían muy a menudo a parrandear. Tenía que dejar impecable el lugar antes de que su madre despertara; ya que, de no ser así, la maltratada que recibiría era lo de menos; ya no podría realizar esas reuniones con los fanfarrones de sus amigos. Por ese motivo antes de que el alba se asomara, la cochera lucía impecable y toda la basura acumulada se amontonaba en la banqueta con la plena seguridad de que don Porfirio, desde ultratumba lanzaría los oprobios acostumbrados y por eso Sebastián, siempre se persignaba al dejar la bolsa rebosante de porquería y media para que no le llegaran las maldiciones del difunto.

Aunque su madre no se encontraba en casa, Sebastián ya había hecho de esto una costumbre y cuando estiró su brazo para alcanzar uno de los envases que habían aventado sus invitados, en el desenfrene de la noche anterior, pegó un grito de susto, pues lo qué tocaron sus dedos no fueron envases de cerveza sino un puño de pelos. El pequeño animal salió asustado al igual que Sebastián y fue así cómo se conocieron.

También dicen que las cosas pasan por algo, y las causas por las cuales la mamá de Sebastián no se encontraba en casa, eran en verdad muy tristes. La muerte de su padre y la separación de su esposo estaban causando bastantes estragos en su estabilidad emocional; para colmo, muere la Camila, esa perrita que por más de quince años le habría dado momentos de mucha felicidad; su muerte fue un detonante para alejarse por completo de esa casa que habían construido como patrimonio y resguardo de su vejez. Sin su padre, sin su esposo y sin la Camila eso ya no tenía ningún sentido, así es que Flor Mirella, decidió irse a vivir con su madre a otra ciudad, pero eso sí; se llevaría a las 2 hijas de la Camila con quien ya empezaba a encariñarse.

-

Sebastián era un joven muy bien portado y aunque nunca mostró interés por los animales, algo extraño pasó cuando tuvo el primer contacto con la Meche. Tal vez la escuálida imagen del felino le enterneció y cuando a los días pudo tocarla, se comprometió a rescatarla y convertirla en su mascota. No era muy común que se vieran jóvenes de la edad de 24 años volcar tanto cariño en un animal que apenas si se conoce, pero es que algo extraño sucedía con esta gata. Era cínica, atrevida y petulante; caminaba como si fuera una reina en pasarela y a pesar de tener un ojo tuerto, ella se creía la divina providencia y ya instalada en la casa a nadie le hacía caso excepto a su querido amo Sebastián. Cada que lo veía se le acercaba melosa y le lanzaba un ronroneo que tal vez era un clamor de agradecimiento por haberle salvado la vida ya que, a la semana, sus huesos se dejaron de ver.

El hermano de Sebastián, Rolando, se asustó cuando escuchó a su madre por el auricular gritándole a su hijo consentido. —*¡No quiero a ese animal en mi casa!* Y más sorprendido quedó, cuando Sebastián le contestaba muy molesto que se quedaría con ella. Le reclamó que, si ella tenía dos perras, porque él no iba a tener una gata.

Al día siguiente la mamá de Sebastián estaba de regreso en aquella casa a la que pensó ya no volvería. Tenía que poner orden y lo primero que hizo fue encerrar bajo llave en una vitrina de cristal a la Camila y le pidió a su hijo que, si se iba a quedar con aquel horrendo animal, iba a tener que dormir en el patio por qué por ningún motivo iba a permitir que conviviera con las hijas de la difunta perra.

Sin embargo, poco a poco la Meche se fue ganando el cariño de la patrona ya que Sebastián había dejado de reunirse con los trepadores de sus amigos y se la pasaba, después de llegar del trabajo encima de la entenada. Eso se le hizo mucho más aceptable que imaginarse a la bola de chamacos que al parecer ya se estaban apropiando de su hogar. A las dos semanas, la gata por arte de magia había recobrado su belleza felina, porque, aunque tuerta, ese donaire que la caracterizaba la volvía toda una deidad. Jamás dejó intimidarse al observar en la vitrina a la Chihuahua

embalsamada y a los pocos días ya tenía el control de sus dos hijas. Bastaba un solo meneo de cola y las dos perritas le seguían a todos lados como hipnotizadas.

_

La Meche en realidad no era una gata cualquiera, de descendencia siamés, antes de caer en la ignominia, era esbelta y elegante, tenía un cuerpo largo y delgado, patas finas y una cola también alargada y afilada. Su cabeza era de forma triangular, con orejas grandes y puntiagudas que destacaban en su perfil. Sus ojos eran de un azul intenso y almendrado, y antes de perder uno de ellos lucía una expresión particularmente cautivadora y misteriosa. Por desgracia cayó en manos de un bandido quien la domó de tal forma que la había convertido en una astuta ladronzuela.

Aprovechándose de que estos felinos son curiosos e inteligentes, que disfrutaban de juegos y desafíos que estimulan su mente, poco a poco fue induciéndola para que, en el menor descuido, sacara las carteras de los bolsos de las señoras que se le acercaban para admirarla. Ella como una buena siamés había desarrollado un fuerte apego hacia su amo, y lo que hacía, para ella era un juego y no un robo, complacía a su amo y él a cambio le daba atención y compañía. No toleraba la soledad y por eso a diario cumplía con su meta. Pero uno de esos días fue sorprendida por una mujer más astuta quien denunció el abuso y logró descubrir al bandido que había utilizado al pobre animal para lograr sus fines. La siamés a cambio recibió un golpe fuerte de su amo quien molesto al no ver ganancias le lanzó un cuchillo dejándola sin un ojo. Tiró tanta sangre por la calle cuando salió despavorida del susto y así anduvo deambulando por algunas semanas hasta que se refugió en aquella casa, un domingo donde se encontraban varios jóvenes tomando cervezas y dejando sobras de frituras y otras chucherías que la hambrienta gata miró como si fuera todo un banquete.

Una de las características de estos gatos es que son capaces de percibir los estados de ánimo de quienes les rodean, y algo así le sucedió cuando miró a lo lejos a Sebastián, con su sonrisa franca pero que escondía una gran tristeza; él adoraba a su padre y ya no podría verlo con frecuencia porque la separación con su madre era

irrevocable. Eso lo ponía triste y también por eso comenzó a beber con más frecuencia. Pero no sabía que una gata moribunda vendría a ponerle fin a sus tristezas y a cambiar la soledad que lo embargaba.

_

Como toda una buena siamés muy pronto se adaptó al hogar donde fue acogida y su naturaleza curiosa y activa le permitió convivir no solo con las hijas de la Camila sino con todos los perros y otros gatos de la vecindad. Muy pronto dejó en claro que ella dominaría la dinámica de grupo. Así que cuando algunos brabucones se acercaban a las dos huérfanas, ella salía a flote enfrentándose así fuera un dóberman o un pitbull para hacerles ver que aquellas dos chihuahuas eran intocables. Cuando esto sucedía, la mamá de Sebastián la recogía entre sus brazos y la besaba puesto que protegía a las hijas de su amada Camila.

_

Ingrid la hermana de Sebastián había cumplido dos años y su padre le obsequió a la perrita. Pero la niña tenía otras pasiones así que no se entusiasmó con ella como pensaban. Era tan pequeñita que cabía en la mano del padre de Sebastián, Rolando e Ingrid, los tres hijos de Flor Mirella y toda la familia volcó su amor en aquella diminuta cabeza de manzana. Era negra como la obscuridad y como la bisabuela de Rolando padre, se llamaba Camila, así quedó registrada, no en el civil sino en las mentes de toda aquella familia tan adorable. Tiempo después se demostró lo contrario, y los hijos jamás se enteraron de que las causas de la separación de sus padres fueron precisamente por culpa de la chihuahua, quien era mejor atendida que el que traía el sustento al hogar.

La llegada de la Camila a la familia fue recibida como un acontecimiento extraordinario, casi milagroso. De inmediato se convirtió en el centro de atención, y todos, especialmente la madre de Sebastián, volcaban sus emociones y cuidados en ese pequeño ser de ojos vivaces y pelaje oscuro como el misterio mismo. Camila era

ágil, traviesa y, con el tiempo, demostró una inteligencia fuera de lo común para una chihuahua. Su afinidad con Flor Mirella era tan profunda que, poco a poco, desplazó al resto de los integrantes del hogar, incluso al padre, quien veía cómo la cercanía entre su esposa y la perrita crecía día tras día, mientras él se sentía relegado a un segundo plano.

Las rutinas familiares se alteraron: las salidas giraban en torno a las necesidades de la chihuahua, los paseos eran para ella, los gastos se destinaban a su bienestar y hasta las conversaciones familiares solían derivar en anécdotas de la perrita. El padre, que trabajaba largas jornadas para mantener a la familia, encontró que su presencia era cada vez menos valorada, y que los afectos que antes recibía se canalizaban hacia la pequeña mascota. Los celos, primero tenues y luego intensos, se instalaron en el ambiente, fracturando la armonía que había sostenido al hogar por años.

La madre, obsesionada con el bienestar de la Camila, comenzó a exigirle al padre que comprendiera la importancia de la perrita en su vida, pero él sentía que competía por un espacio afectivo que, antes de la llegada del animal, le pertenecía por derecho propio. Las discusiones se volvieron frecuentes; la tensión creció hasta que ambos dejaron de buscarse, y el silencio se apoderó de los rincones de la casa. Sebastián, aún niño, presenció esa transformación sin comprender del todo las causas, aunque la sombra de la Camila siempre estaba presente, moviéndose entre las piernas de su madre, descansando en su regazo, ocupando la cabecera de la mesa y, finalmente, el lugar central en el corazón materno.

Con el tiempo, la convivencia entre la Meche y la Camila que era como una momia viviente, terminó por ser un bálsamo en la casa marcada por la ausencia y el silencio. La gata, aún con la cicatriz que le cruzaba el rostro y ese ojo vacío que parecía mirar más allá de las paredes, nunca permitió que la melancolía la atrapara. Su instinto protector y su inteligencia felina la llevaron a convertirse en la guardiana silenciosa de los secretos y las angustias, especialmente de Sebastián, quien estaba a punto de casarse.

Cuando Dalia, la novia de Sebastián se quedaba en casa de su suegra, la gata, como si supiera que esas cosas no eran bien vistas, se acomodaba entre los dos para que no se tocaran. No es que la Meche entendiera de esas cosas, más bien eran celos porque aquel hombre solamente le pertenecía a ella; todos se reían con aquello que pasaba, pero Dalia astutamente, cuando volvió a quedarse en casa de su prometido, llegó cargando a una perrita tan rara, que más bien parecía una rata: gris, con los pelos tiesos y la mirada extraviada. Pues ahora en la cama eran dos las que no permitían que los enamorados pecaran antes del matrimonio; la Meche como liacho entre las piernas de Sebastián y la perra visitante enredada en los cabellos de Dalia.

La Camila, por su parte, continuó reinando en el hogar con su mirada brillante, esas canicas que habían sustituido a sus ojos y que tenían el don para centrar todas las miradas. Pero la llegada de la Meche, que no pedía nada más que un rincón tibio y algo de comida, trajo una nueva dinámica: entre la perrita embalsamada y la gata se tejó una alianza improbable, un equilibrio sutil entre la audacia y el misterio. Juntas, aprendieron a entenderse, a compartir el espacio, e incluso a proteger a las dos chihuahuas huérfanas cuando el peligro rondaba la puerta.

Sebastián, que había sido testigo de la fractura familiar y del desplazamiento de afectos, encontró en la presencia de la Meche un consuelo inesperado. La gata lo buscaba cada noche, trepaba sigilosamente a su cama y se acomodaba junto a él. Era como si percibiera el dolor que él cargaba, el vacío que le había dejado la separación de sus padres y la soledad de los días. Poco a poco, la tristeza se tornó menos pesada; los ronroneos de la Meche y el revoloteo alegre de las hijas de la Camila devolvieron la risa a la casa y tejieron una nueva red de afectos.

La madre de Sebastián, al notar la transformación en su hijo y el ambiente renovado que reinaba en la casa, comenzó a abrir de nuevo su corazón. Aprendió a repartir el cariño entre todos los seres que la rodeaban, entendiendo que el amor no se agota, sino que se multiplica cuando se comparte. El padre, aunque mantuvo cierta distancia, encontró en las visitas ocasionales una paz que no había sentido en mucho

tiempo y, poco a poco, reconstruyó su relación con sus tres hijos, especialmente con la hermosa de Ingrid, quien se había convertido en una señorita demasiado inteligente, suspicaz y con la verdad siempre en la punta de sus dientes.

Así, entre maullidos y ladridos, entre cicatrices y juegos, la familia reconfiguró sus lazos. La Meche, con su mirada enigmática y su paso sigiloso, la Camila inerte en su vitrina, y las dos chihuahuas con su entusiasmo desbordante, se convirtieron en símbolos de resiliencia y esperanza. La casa, antes llena de ecos tristes, volvió a vibrar con el bullicio de las mascotas y los afectos renovados.

Sebastián aprendió que la vida puede cambiar de golpe; que el amor no siempre es justo ni entendible, pero siempre encuentra la forma de reinventarse. Y cada vez que la Meche, con su ojo único, lo miraba en la penumbra, él sabía que no estaba solo: la familia, aunque distinta, seguía ahí, sostenida por el cariño y la compañía de quienes, al igual que él, habían superado el dolor para volver a empezar.

EPÍLOGO

Sebastián y Dalia se casaron y tienen dos hijos: una gata muy querida y una perrita fellita, pero de buen corazón. Rolando estaba por contraer nupcias y siempre acabó siendo el más centrado de los hijos; Ingrid dejó de lado su pasión, misma que la convirtió en una de las mejores bailarinas de bale, para dedicarse de lleno a su profesión, siendo siempre la mejor de su clase. Flor Mirella, ya retirada, tanto de su profesión como del amor, encontró su verdadera vocación, la política, que desde pequeña comenzó a vivenciar en compañía de su padre, quien se había convertido después de morir, en su ángel de la guarda.